

Y Plácida, ligera como un ave, salió de la cocina para ir en busca del digno vicario de la aldea.

### VIII

Ya se levantaba la luna sobre un trono de estrellas en el azul del firmamento cuando Plácida salió de su casa para dirigirse á la del cura.

Las flores de Mayo, que esmaltaban los campos, esparcían sus perfumes en alas de la brisa y saturaban la atmósfera de deliciosos aromas.

¿No os agradan, mis jóvenes lectores, las noches de Mayo?

¿No habéis visto durante ellas qué luminoso azul ostenta el cielo y cómo brillan las tímidas estrellas? En esas noches se diría que el cielo llama al alma como á una hija desterrada.

La oración acude á los labios y parece que en sus alas quisiera remontarse nuestro espíritu hasta los pies del trono del Señor.

¡Oh, mis queridos jóvenes, medita alguna vez, durante las calladas noches de Mayo, y veréis cómo se purifican vuestras almas y qué ternura y cuán grande gratitud sentís hacia nuestro Padre celestial y hacia su divina Madre! Si alguna vez mirásemos al cielo, él nos daría fuerza y valor para caminar por los oscuros caminos de la vida.

Cuando Plácida salió al campo, porque la aldea no tenía calles, sintió un bienestar indecible en su corazón; parecióle, además, que caía de su frente como un peso enorme y que tenía más libre la facultad de pensar.

Jamás se han unido en una criatura dotes más angelicales: dulce é inocente, era vehemente su modo de sentir y aun más su modo de amar, y hubiera dado toda su vida á trueque de traer á su madre á aquel hijo tan llorado, á aquel ingrato hermano.

Plácida cruzó ligeramente el corto espacio que separaba su casa de la del cura, y cerca ya de ésta vió sentado, junto al único balconcillo de la fachada, al mismo vicario, que disfrutaba de la belleza de aquella noche.

La casa del pastor de la aldea, situada junto á la iglesia, era muy pequeña; el piso del patio tenía la cocina lo mismo que las de los labradores; junto á la cocina, el cuarto de Antonio, guapo mozo de veinte años y sobrino del señor cura; luego, por una escalera pequeña, se subía al piso superior, donde estaban situadas las habitaciones del señor cura y de su hermana, la señora Pepa, madre de Antonio y excelente mujer en toda la extensión de la palabra.

Era la señora Pepa delgada como su hermano, y de alguna menor edad que él; su estatura pequeña, pero muy derecha, estaba velada por un

vestido negro de alepín, que la envolvía de la garganta á los pies; llevaba además un pañuelo oscuro de seda á cuadros y un delantal negro.

La señora Pepa, viuda, desde hacía doce años, de un labrador regularmente acomodado, habitaba con su hijo en compañía de su hermano, al cual amaba con la mayor ternura.

Agil aún y buena, desempeñaba por sí misma muchos oficios de la casa, y los más pesados los dejaba encomendados á la tía Minuta, que era una anciana gruesa y fuerte, es decir, la antítesis de la señora Pepa.

La tía Minuta, esposa del tío Minuto, ya difunto, era buena como el buen pan, pero regañona como ella sola; cada mañana, á las siete en invierno y á las cinco en verano, llamaba á la puerta del señor cura, y al instante volvía á salir con dos cántaros para ir por agua á una fuente limpia, clara y hermosa que había á la entrada del pueblo.

Cuando volvía, encendía lumbre y elaboraba el chocolate con rara perfección, dándole á los dos hermanos y á Antonio, y dejando para sí no pequeña porción, pues era una de las personas más aficionadas de la aldea al espumoso líquido.

Daba después una *escobaña*, como ella decía, á la casita del cura, traía más agua, ponía el puchero, daba el almuerzo al cerdo y á las galli-

nas y se marchaba hasta el día siguiente, que volvía á las mismas faenas.

Doce años se habían pasado así, sin que en todo este espacio se hubiera enrabado una sola vez la tía Minuta con la señora Pepa, que era una bendita de Dios.

Antonio era allí el que todo lo enredaba; era á un mismo tiempo sacristán, labrador y escribiente de su tío, y todo lo desempeñaba á maravilla.

Él cuidaba de la hacienda que su buen padre había aumentado tanto en vida, y vigilaba á los peones, ayudando por sí mismo en todas las operaciones; él llevaba los libros de la parroquia, él ayudaba á misa, cuidaba del aseo de la iglesia y la tenía *hecha una ascua de oro*, según decían las buenas comadres.

¡Oh, qué paz tan envidiable, tan dulce, tan octaviana, en fin, reinaba en casa del señor cural! Los aldeanos, al pasar por delante de la puerta, saludaban con respeto aquel umbral, al cual jamás llegaban con el corazón triste sin hallar consuelo; porque la señora Pepa y su hijo gastaban todos los productos de su hacienda en socorrer á los necesitados.

¿Había fuego en la aldea? Allí, entre las llamas, en el sitio del peligro mayor, se divisaban la blanca cabeza del vicario y la negra de Antonio; y luego, los pobres que se veían arruina-

dos por el furor del temible elemento, pronto miraban reedificada su casita merced á un buen bolsillo que la señora Pepa les llevaba.

¿Era año de mala cosecha? ¿Había imposibilidad de pagar los arriendos? Pocos días antes de llegar el vencimiento, el señor cura advertía en la misa mayor que todos los vecinos acudieran á su casa, y allí daba á cada uno algunas monedas y les decía:

—Ahi está el precio de tu arriendo; te lo doy en nombre de mi hermana y de mi sobrino.

Cuando cada uno tenía ya para salir de su apuro, el señor cura añadía:

—¡Ea, id con Dios! A trabajar y á ser buenos, y el año que viene llenaréis las paneras, que Dios da siempre más que quita.

¿Estaba de parto alguna pobre mujer de la aldea? La señora Pepa aparecía como llovida del cielo, con un cestillo de mimbres blancos que contenía la envoltura del niño y con un par de gallinas gordas en la otra mano para dar caldo á la madre.

En fin, no había trabajo ó dolor en el lugar que no aliviase ó consolase el señor cura, su hermana y su sobrino.

Así era, que cuando salían de casa, sólo oían en torno suyo un coro de bendiciones, y cualquiera de los habitantes de la aldea se hubiera arrojado por ellos al fuego.

Plácida, al ver al señor cura sentado junto al balconcillo de madera de su cuarto, le parecía que veía una rendija del cielo; pero el buen señor no la vió, porque miraba al cielo en realidad, absorto en su hermosura y creyendo ver á través de ella la augusta faz del Criador.

Detrás de una de las hojas del balcón había una mesilla con una imagen de la Purísima encima; aquella mesa sostenía un velón de bronce muy reluciente, y á su luz hacía calceta la señora Pepa.

Antonio, sentado á la misma mesa que sostenía el velón, escribía las cuentas de la semana, porque era sábado.

—¡Dios guarde á usted!—dijo Plácida desde la puerta, con su voz dulce y melodiosa, como el canto de un ave.

—Y á ti también, hija mía—dijo la señora Pepa.

Antonio nada dijo; pero al oír la voz de Plácida soltó la pluma y se puso colorado hasta lo blanco de los ojos.

—¿Ocurre algo, hija?—preguntó el señor cura.

—¡Ay, no señor! Nada de nuevo—respondió la pobre niña con tristeza; pero mi madre...

—¿Está mala?—preguntó la señora Pepa viendo que Plácida se detenía confusa porque no sabía cómo explicar lo que quería.

—Vamos, hija mía, habla sin reparo; ven

acá—dijo el vicario, alargando la mano á la muchacha, que se la besó.

—Ven acá y siéntate en esta banqueta—prosiguió el anciano señalando á la muchacha una banquetilla de madera colocada á su lado.

Plácida obedeció y dijo algo más animada:

—Señor cura, mi pobre madre está tan triste que yo no sé qué hacer.

—Sólo Dios puede darla alivio, hija mía—dijo á su vez el anciano.

—Es que ha de saber usted que está mucho más triste que antes, señor cura—repuso la niña;—hace tres días que no quiere comer, que no duerme un instante, y que así que viene de su trabajo se sienta junto á la tapia del jardín, y de ahí no se quiere mover.

—¡Pobre mujer!—murmuró Antonio, enjugando con el dorso de la mano sus ojos humedecidos.

—¡Pobre madre!—murmuró la señora Pepa.

—Yo, señor cura—prosiguió Plácida, cuyos ojos azules se arrasaron de llanto—yo he llegado á temer que la pena la va á matar. Si hace días que no la ha visto usted puede que no la conozca; tal está de flaca y abatida.

Las lágrimas ahogaron la voz de la pobre Plácida, que no pudo proseguir.

—Para las grandes desgracias es necesario el valor, hija—dijo el señor cura con afectuoso in-

terés;—desesperarse es ofender á Dios, que mira por nosotros como un buen padre.

—Ya lo sé, señor cura—dijo la niña enjugándose los ojos con el delantal, pero ¿qué quiere usted? ¡Me veo tan apurada! Hoy estaba contenta porque guardaba hecha cena caliente para mi padre, ¡para mi pobre padre, que ha trabajado todo el día sin otro alimento que un pedazo de pan!

—¿Qué dices, Plácida?—exclamó el anciano echándose hacia atrás.—¿Tu padre trabaja casi sin comer, y no lo sé yo?

—¿Pero, hija, quién no viene á decir eso?—dijo á su vez la señora Pepa.—Vamos, nunca te lo perdonaré.

—¡Me tiene mandado mi madre que nunca lo diga, y aun ahora se me ha escapado!

—¿Pero por qué?

—Porque dice que no es la obligación de ustedes el mantener á todo el lugar.

—Pero sí la de mantener al que no tenga que comer.

—Dice que ustedes dan á los que pierden sus casas en las inundaciones y en el fuego, á los que pierden las cosechas y á los enfermos; pero como nosotros ni casa tenemos que se nos queme, ni cosecha que se nos pierda, ni estamos enfermos debemos trabajar y comer lo que Dios nos da por nuestro trabajo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1626 MONTERREY, MEXICO

—¡Vamos, esto no se puede oír sin sentir uno que se le rompe el corazón!—exclamó por lo bajo Antonio.—¿Y querrá usted que deje esta pobrecita, á quien quiero más que á las niñas de mis ojos, madre, y que me case con Petra, más fea que Picio, porque es rica, verdad? ¡Pues no lo haré!

—¿Querrás callar, desvergonzado?—contestó la señora Pepa en el mismo diapasón, pero muy enojada.

—¡Callaré, pero no me caso con Petral!

—¡Bien, bien! ¡Tiempo hay de pensar en eso!

—Ya está pensado; no me caso con aquella cara de fiera.

—¡Antonio, que ya me voy incomodando!—dijo la señora Pepa con severidad.—¡Miren el chiquillo, sin pelo de barba, y hombreando ya!

Antonio volvió á sus cuentas, pero de cuando en cuando alzaba la cabeza para dirigir á Plácida una mirada que llevaba el sello de un profundo cariño.

—¡Dios, hija mía, Dios os recompensará, porque sois muy honrados!—exclamó enternecido el anciano sacerdote.—Pero no es justa tanta delicadeza; yo pensé que el trabajo de tus padres os daba, aunque con escasez, lo preciso para la vida.

—¡Ay! ¡Antes sí, señor! ¡Pero ahora las penas han debilitado á mi pobre madre de manera

que ya no puede trabajar ni una mitad; lo mismo sucede con mi padre, que nunca ha sido muy fuerte, como usted ya sabrá mejor que yo!

—¿Y de tu hermano, no ha habido ninguna noticia?

—¡No, señor!

—Debía yo estar seguro de ello, y no preguntarlo; aquel es un infame que ha de llevar un terrible castigo.

—¿Te acuerdas de tu hermano, hija?—preguntó la señora Pepa.

—Casi nada—dijo Plácida;—¡era yo tan pequeña cuando se fué!

—Sólo tenías cuatro años.

—Yo sí que me acuerdo—dijo Antonio;—como que era de su edad; ¡y cuánto nos queríamos! Me acuerdo de él como si le estuviera viendo, y también de aquel mal hombre que se lo llevó allá, á tierra de franceses.

—Pues, señor cura—dijo Plácida—al ver á mi pobre madre que no cesa de llorar, se me ha ocurrido venir á buscarle á usted, que dicen que tan bien sabe consolar.

—Haré lo que pueda para darla valor, hija mía; pero dudo de conseguirlo, porque es muy grande su pena.

—Mire usted—añadió cándidamente la niña:—esta tarde decía á mi padre que tenía una sed en el corazón que la mataba.

—¡Pobre mujer, lo comprendo!—murmuró el vicario.

—Y como yo oí á usted la otra tarde—continuó Plácida—como le oí decir en el sermón, predicando de la obra de misericordia *dar de beber al sediento*, que hay sed del alma que se apaga dándole por pasto el amor de Dios, he pensado que acaso usted, con sus hermosas palabras y con sus santos consejos, podría apagar esa sed del corazón de mi madre, que la mata.

El pastor miró absorto á la niña.

—¿Eso has pensado, hija mía?—exclamó con voz alterada,

—Sí, señor... ¿He hecho mal?—balbuceó.

—¿Mal, hija mía? ¿Puede haber algún pensamiento de los que Dios envía que sea malo? Pues Dios te ha dado á ti ese pensamiento; á ti, pobre niña, criada en los campos; ¡ah, sí, sobre ti, flor inculta y sencilla, ha vertido el dulce rocío de la poesía! ¡Tu puro pensamiento se ha elevado á las eternas regiones para buscar en ellas las fuentes de la salud!

¡Vamos, dulce paloma!—prosiguió el sacerdote.—¡Vamos, vuelve conmigo al arca, llevando el ramo de oliva! ¡Sí, tu madre tiene sed en el corazón, pero yo mitigaré esa sed! ¡Bendita seas, hija, pues por ti puedo cumplir en su más santa y hermosa acepción la obra de misericordia *dar de beber al sediento!*

## IX

El vicario y Plácida llegaron en breve á la casa de esta última, mientras que Antonio y su madre departían muy animadamente acerca del futuro casamiento del joven.

Pero ya volveremos á oírles, y por ahora seguiremos al pastor de la aldea á la humilde morada de Calabaza.

Este, que ya había dado fin á su cena, salió á la puerta de la cocina al oír los pasos del señor cura y de su hija.

—Padre—dijo ésta;—ya está aquí el señor cura, que al momento ha consentido en venir conmigo; ¿ha salido mi madre del jardín?

—No, hija—respondió el buen hombre;—allí está, y por más que la he dicho no he podido hacerla mover.

—Vamos á verla, hija mía—dijo el vicario;—y tú, Mariano—añadió dirigiéndose á Calabaza—no te desconsueles, que Dios todo lo puede.

Y el santo anciano entró en el huertecillo seguido de Plácida.

Bien pronto divisaron á Bárbara que, inmóvil en el sitio que antes ocupara, permanecía con la frente apoyada en la mano.

La luna caía á plomo sobre su semblante curtido y flaco, dándole una expresión muy seme-